

## Oraciones inacabadas

Aunque todos los acontecimientos aquí narrados son reales y contrastables, debo sacrificar (intentaré que en la menor medida posible) la verosimilitud de estas líneas. No puedo utilizar el estilo directo para relatar las conversaciones de Gregorio con algunos de sus clientes. Sus palabras, aunque han llegado a mi conocimiento con detalle, son irreproducibles con exactitud. Debo fidelidad a lo acaecido, y no sería de mi agrado dejar los detalles de dichos sucesos a la imaginación del lector —puesto que no se trata de un relato ficticio—, por lo que trataré de contarlos con la conveniente prolijidad.

Gregorio vislumbraba su tormento en la curiosidad de algunos de sus compradores. Es usual pedir consejo en una librería en cuanto a libros se refiere: qué volumen o autor es más recomendable de una sección u otra, qué edición es mejor, qué se adhiere mejor a un interés personal... Eran una parte natural de su trabajo y a Gregorio no le suponían molestia alguna, excepto cuando se trataba de preguntas de algún joven con aires de erudito.

A su juicio, los adolescentes que entraban para fisgonear en las estanterías de su librería tenían, de vez en cuando, impulsos de una curiosidad insólita. Esto les llevaba a acribillarle a él, un mísero librero, a preguntas pseudointelectuales sobre autores y libros. Aunque a sus casi cincuenta años le hubiese agradado odiar a la juventud, convencerse de que son seres superficiales y asquear su tenacidad, no se avenía a su temperamento. No eran los jóvenes lectores que invadían su librería como pequeños insectos lo que aborrecía, sino sus retahílas de preguntas. No había maldad alguna en ellas, pero servían para recordarle que estaba confinado, como él creía, a las recomendaciones de libros y al debate literario.

Terminaba conjurando sus palabras a la soberbia y conseguía espantar a los que él concebía como diminutos atacantes a su moral. Tras quitarse las gafas y mirar a los ojos con una amenazadora seriedad al agresor (que, en realidad, lo último que deseaba era enfurecer al librero), formulaba dos astutas incógnitas con las que pretendía reducirle. Llegaba el momento, la vaga conversación se interrumpía con el contraataque del librero: “¿se considera usted un lector fidedigno?”. El adjetivo que usaba solía cambiar según el día. Otras veces, si se sentía creativo, utilizaba “verídico” o, incluso, “innegable”. Los días en los que le pesaba la memoria y la pereza se apoderaba de él, utilizaba, simplemente, “real”.

Unas veces, el contraatacado, perplejo, no se atrevía a responder. Otras, pedía explicaciones con desconcierto y cierta humildad y, otras, afirmaba con una rotundidad arrogante. Gregorio continuaba con un guionizado “¿lee usted el final de los libros antes de empezarlos?”. Así daba pie al pretexto de sus preguntas; un discurso que de tanto repetirlo se había incrustado en su memoria.

Sus palabras, llegado ese momento, se tornaban enérgicas y moralizantes. Hablaba sobre como, leyendo las últimas líneas (o quizás las últimas páginas) de toda obra literaria, el individuo trasciende tres obstáculos que impiden la satisfacción poética. Le gustaba enumerarlos en latín para conferirles solemnidad: *ego, cetera et mors*. Cuando se conoce el final de una obra, la curiosidad involuntaria de conocer el desenlace del mero contenido, subyacente en lectores de cualquier tipo, es asesinada. Tras esto, la vastedad literaria, sin reducirse al contenido y permitiendo apreciar una totalidad que no converge en ningún punto, se abre ante el lector.

Para explicar esto último, Gregorio hacía uso de algún ejemplo, aunque no se tratase de un libro —pues creía tanto en el peso de sus palabras, que le gustaba pensarlas extrapolables—; *Ciudadano Kane*, un clásico de la historia del cine. Aunque la emoción que atrae al lector (en este caso, al espectador) apócrifo, aquel que se deja llevar por el suspense, esté presente, y sea el misterio de la trama su imán, el valor y el interés de *Ciudadano Kane* no se reducen a seis palabras vacuas: “al final, *Rosebud* es el trineo”. Para Welles y para todo espectador de primera, el trineo es una nimiedad (aunque sí quizás la guinda del pastel, pero nadie se come un pastel por la guinda), como es el final de cualquier clásico de la literatura o el cine para la obra en sí misma.

Aquel no era el único ejemplo que utilizaba (aunque sí su favorito), ni la única manera que tenía de explicarse. La constante repetición de su discurso, como si esta reforzase de alguna manera su credibilidad, y su apego a él, habían conseguido alimentar su creatividad y desarrollar más argumentos que lo favoreciesen. Vivía más en sus convicciones que en el mundo real.

Gregorio no era, ni mucho menos, el primero en teorizar sobre la figura del lector fidedigno: Vladimir Nabokov, en sus clases de literatura europea, revelaba sus ideas sobre el arte, y dictaba que “el verdadero lector es el que relee”. Gregorio creía (y, probablemente, caía en el error) economizar tiempo y superar la consistencia de las palabras del autor de *Lolita* con sus elucubraciones.

Por eso mismo, conocer el final de la obra dispuesta ante ti es un paso más para convertirte en un lector de primera; la eliminación del obstáculo principal. Es, además, el arma contra aquellos que pretendiesen, con crueldad (o quizás pudiese ocurrir por accidente), destripar la trama de una ficción inexplorada. Y, por último, aunque la muerte, siempre inesperada, se interpusiera en el camino, hasta llegado ese momento, al lector solo le quedaría deleitarse con el resto de detalles.

En su incesante verbosidad esperaba del joven interlocutor, cuyas preguntas se habían acallado, que encontrase una lección o, incluso, filosofía con la que devanarse los sesos. En el caso del adolescente ansioso de aquella tarde, su respuesta no fue más que un gesto de consternación y el tintineo de la campanilla de la puerta al salir. Entonces, Gregorio sonrió creyéndose satisfecho, aunque le pesara un poco más el corazón. Sus artificiosas palabras parecían encerrar crueldad, pero no había malicia alguna en el apesadumbrado librero. Lo único que intentaba ocultarse a sí mismo era su mayor aflicción: no sabía escribir, o al menos eso creía.

Gregorio se creía confinado a las recomendaciones y al debate literario de un par de minutos vacíos entre las cuatro paredes de su librería, porque su condena, como él la llamaba, era limitarse a la observación del arte literario y a charlar sobre él, pero estar incapacitado para crearlo. Aunque la línea que separa ser *espectador* de *hacedor* es más fina de lo aparente, todo individuo que desiste en la persecución de convertirse en lo que anhela, termina regodeándose en su derrota y aleccionando al resto sobre lo que sí sabe hacer. En caso de Gregorio, esto era leer y apreciar la literatura, y a ello debía el discurso sobre qué convierte al lector de segunda en uno de primera; su sensibilidad y experiencia eran indiscutibles.

Su amargura me recordaba al mito del suplicio de Tántalo, quien osó poner a prueba la omnisciencia de los dioses del Olimpo. Su castigo no fue compasivo: le condenaron a morar en el Tártaro. Allí, sentía un hambre y sed eternas, y se encontraba en un lugar en el que había un lago de agua cristalina, y en el que crecían árboles como perales e higueras que dejaban caer sus frutos. Estos, sin embargo, desaparecían cada vez que extendía el brazo para alcanzarlos, como también lo hacía el agua cuando su mentón la rozaba para beberla. Gregorio no había profanado la dignidad de ningún dios, pero tanto le devoraba su ineptitud, de la que estaba convencido, que parecía vivir algún tipo de castigo divino también.

De vez en cuando se agolpaban en él ráfagas de inspiración, a partir de las que había estado engendrando una humilde producción literaria de carácter experimental: seis poemas simbolistas (que el mes pasado habían sido quince, y hace tres, treinta y dos, pero su autoexigencia le había llevado a despedazar y abandonar en la papelera el resto), el prefacio de la que iba a ser una novela ambientada en la Inglaterra decimonónica, inspirada en *Cumbres borrascosas*, y cuarenta y seis microrrelatos que no superaban la extensión de media página, y que, quizás por lástima, conservaba en su totalidad.

A ella le podríamos añadir, si mi amigo Gregorio nos lo permitiese, nuestra correspondencia. A pesar de que esta última no tenía finalidad artística alguna, constituía en numerosas ocasiones —por no decir en todas— la desembocadura de muchos de sus pensamientos, que expresaba con una precisión admirable, pero con cierta gracilidad poética, que a mí me parecía inevitable, tratándose de alguien que ha consagrado su vida a la literatura. A través de esas cartas conocía la realidad de Gregorio, el cómo su carácter se agriaba en contra de su voluntad, y sus conversaciones con los adolescentes que, sin quererlo, hurgaban en sus heridas, y que él percibía como una guerra contra ellos y contra sí mismo. La autocompasión es, probablemente, peor tormento que el desengaño.

«Aunque pueda sonar melodramático, he de decirte que estoy exhausto» me escribió en una de las muchas cartas que recibí. «Si al menos esta gruta de pintura desconchada, y tan abrasadora en verano, hubiese sido la Biblioteca de Babel sobre la que escribió Borges, hexagonal e infinita, mis días no serían tan tortuosos. Pero no es así. Estas últimas semanas no he dejado de plantearme el dejarlo todo».

En algunos puntos llegaban a adquirir un tono más filosófico, y dedicaba párrafos enteros a sus planteamientos sobre qué era realmente a lo que estaba condenado a no poder alcanzar jamás:

«La poesía es una línea débil y trémula que es trazada en una vastedad. Es un mundo con órbita y rotación propias. Y temo que mis escritos no se acerquen en lo más mínimo a lo que comprendo como poesía o literatura; he ahí mi frustración. Quizás puedas pensar que anhelo ser leído y alcanzar la gloria, pero no es eso lo que me motiva. No busco el reconocimiento ni la admiración (¡aunque no me importaría recibirlos, serían un consuelo!), sino zambullirme en la verdadera definición de literatura, encontrar la inmortalidad escribiendo e inmortalizarme a mí mismo en mis líneas, ¿o acaso no valgo la pena para ello?»

En sus últimas cartas llegó a escribirme que concebía la librería como su sepulcro, en el que se había cristalizado su eterna derrota literaria, y a sí mismo como un poeta que jamás había germinado. Decía que jamás llegaría a vivir con el talante inmortal con el que habían

vivido sus autores favoritos, cuyas existencias, como todas las demás, son o han sido breves. Pero su brevedad nunca sería embalsamada de eternidad. Era un ser infausto.

Yo, en cambio, no lo creía así: estaba convencido de que Gregorio merecía ser leído y recordado. Había ido recopilando concienzudamente algunos de sus poemas y microrrelatos, que de vez en cuando adjuntaba a sus cartas, y fantaseaba con publicarlos tras su muerte como Max Brod hizo con Franz Kafka; me repetía a mí mismo que no podía permitir que Gregorio no quedase en la memoria de nadie. Aquella era la verdadera inmortalidad: la permanencia en el recuerdo. Le escribía que no había más sepultura y condena que en las que él mismo se había encerrado, y le animaba a publicar sus escritos. Llegué incluso a mencionar a personajes como Platón o Cervantes, resaltaba la importancia de dejar algo atrás al morir y el cómo sus nombres, mientras no fuesen olvidados, los harían inmortales.

Su última carta, antes de morir en un accidente de coche hace apenas unos meses, fue la que zanjó nuestra discusión:

«Borges —era el autor más citado en sus cartas— escribió también en una de sus *Ficciones* que la gloria es una incompreensión. Los libros como el Quijote se convierten en objeto de ediciones pretenciosas y de orgullo popular, y se cristalizan en el tiempo (o, mejor dicho, en la atemporalidad) como una cáscara vacía. No es en la naturaleza perecedera de los mortales que se encuentra algo que no le es propio, sino en la misma literatura. Esta nos eleva de la cotidianeidad y nos propulsa para alcanzar lo sublime y mantenernos vivos, y es en su esencia que obtenemos la gloria. La contemplación y el recuerdo del resto es un efecto colateral».

En sus últimas horas en la tediosa y gris monotonía de las cuatro paredes adosadas de estanterías, quizás se le habría cruzado alguna conversación lacónica que puede que terminase en un discurso interminable. Siguió todo igual hasta el último minuto; no se consumó un desenlace glorioso. Tampoco encontró lo que estaba buscando y murió creyéndose condenado e inútil. La muerte es inesperada y deja inacabadas las oraciones. No obstante, Gregorio conocía los finales de los libros que leía, de la misma forma que todos los mortales sabemos que inequívocamente moriremos algún día. Por eso, a Gregorio, su propia muerte le hubiese parecido una trivialidad.

No era mi propósito narrar minuciosamente las hazañas de un héroe que fue enviado a asesinar dragones y basiliscos y volvió cubierto de gloria, y que, tras casarse con una bella princesa, finalmente se bañó en la Fuente de la Eterna Juventud para lograr una vida sempiterna. Mi objetivo ya no es que Gregorio sea recordado y vanagloriado.

Gregorio no alcanzó la inmortalidad. Se ahogó en el sinsentido y en la impotencia de escribir sintiendo que realmente no escribía, como quien se embosca e intenta controlar una naturaleza que le es ajena. Pero logró trazar en sus escritos una vida e identidad paralelas en las que encontró su amparo; su ímpetu era parte de su lealtad a la literatura. Asumir su propio fracaso y darse de bruces con sus limitaciones fue parte de una gloria muy distinta, que él nunca llegó a concebir: la de quien es fiel a sus ideales y a sí mismo. Aunque su recuerdo palidecerá, hasta entonces hablaré de Gregorio, no como un fracasado, sino como una persona honorable y con un noble cometido.

**Girasol magnético**